

"Deja esa foto quieta en su portarretrato."

Entre ella y la botella

Ursula cayó rendida a los pies de Antonio. Había dado vueltas y vueltas impulsada por el sonido de un saxo romántico: Bob Fleming, tal vez. Trigueña, de pelo largo y ceñido al cráneo que se extendía por la espalda en una larga cola. Cubierta por una amplia túnica blanca que traslucía el rojo encendido de sus diminutas bragas, danzaba en medio del salón. Giraba sobre sus pies y su vestido formaba ondas como volutas de humo que dejaban al descubierto las piernas hasta el origen.

Desde el piso se arrastró hasta alcanzar el cuarto escalón y quedar sentada al lado de Antonio. Acezante pidió un trago. La botella de ron estaba entre los dos. Frente a ellos Sebastián, acompañante de Ursula, con otros del grupo reían y fumaban sin hacer caso a la pareja sentada en la escalera.

Antonio sirvió dos tragos. Su brazo derecho rodeó a Ursula por la nuca y le acercó la copa a los labios. Ella, asiéndole la mano, la empujó echando la cabeza hacia atrás. Ahora sonaba música de flauta con fondo de tambores.

Antonio y Ursula continuaron sentados en el cuarto peldaño de la escalera entrecruzando miradas y apurando cargados tragos de ron. En esas se acercó Sebastián solicitando que por favor le sirvieran dos tragos. Antonio tomó la botella y dos copas; las sirvió a menos de la mitad. "Poquito, pa' que rinda", dijo. Sebastián, con los ojos bien abiertos, se quedó mirándole la cara y respondió: "Nojoda, pero si la botella es mía".

Antonio se puso de pies. Con la mano izquierda tomó la botella y, estirando el brazo, se la entregó a Sebastián sin pronunciar palabra. Dio media vuelta y con la misma mano asió el brazo derecho de Ursula y con pasos firmes y rápidos se fueron escaleras arriba.

Solos en la inmensa playa

Antonio y Ursula tomados de la mano cruzaron la extensa playa de arena blanca, centelleante por el sol de las diez. La espuma

permanecía instantes sobre la tierra después de retirada el agua de las olas. Eran ellos los únicos en la inmensa playa.

Antonio se deshizo de la ropa y quedó en pantaloneta, de cuadros escoceses rojos y verdes. Ella desabrochó el jean y mirando a Antonio con una sonrisa maliciosa, lo fue deslizándose hacia abajo ayudándose con movimientos sinuosos de su cuerpo. Al terminar cogió el panderero formado por la prenda con la punta del pie derecho y con una fuerte oscilación de la pierna hacia fuera lo puso sobre la cara de Antonio que sentado a un lado, con las piernas entrecruzadas, se había deleitado observando ese ritual de desvestida.

Quedó ella con una camiseta blanca, sin promoción alguna de marca comercial, que caía sobre el pequeño pantis negro del bikini. Ursula extendió la mano a Antonio invitándolo a que se levantara y la acompañara a meterse en el agua. Apenas entraban cuando una ola los cubrió envolviéndolos en un manto de espumas y arena. Cuando retornó la calma Antonio se quedó extasiado viendo a Ursula.

La tela mojada de la camiseta cubría los voluptuosos senos y transparentaba las rosetas de los pezones erectos de Ursula. Se acercaron, se abrazaron y besaron. Chapoteaban el agua echándose encima el uno al otro. Gritaban y reían a carcajadas gozosas y se abrazaban de nuevo. Estaban radiantes; la vida, la arena, el sol y la playa eran sólo para ellos.

Detrás de la serranía, que entraba hasta el agua, apareció un bote grande con cuatro bogas que cruzaba en diagonal hacia mar adentro. La pareja vio pasar el bote y siguió en su jugueteo. Salieron del agua y se tiraron boca abajo sobre la arena, juntos los cuerpos. Antonio recorría con sus dedos las curvas de Ursula mientras en susurros cantaba: “Yo quiero dibujarte, con mi boca...” y se acercaba y le daba repetidos besos en los hombros, la nuca y espalda.

Estaba en esas, Antonio, cuando de pronto distinguió una sombra cerca de la orilla. Era el bote que se había devuelto y tres de los hombres de pies, con la mirada hacia donde ellos estaban, se disponían a saltar a tierra. Antonio tuvo un mal presentimiento y con inusitada destreza recogió la ropa y emprendió la carrera arrastrando consigo a Ursula que sin tener cabal idea de lo que ocurría daba zancadas para mantenerse al ritmo de él

Fue una dolorosa huida

Sí claro, nos perdimos ese día de pasar un agradable rato en la arena, y también entre olas, pero solos y viendo que esos cuatro bogas se nos venían encima o de pronto era sólo paranoia nuestra o mía. De todos modos en un sitio tan extenso y solo, completamente solo, corríamos el riesgo de ser atacados y hasta quién sabe que otras barbaridades más. Y las intenciones de ellos eran claras, muy claras; al menos eso parecía.

Corrimos sobre esa arena caliente y los pies terminaron por ampollarse. Algunas ampollas se reventaron y la piel de las plantas lacerada por el roce con la arena y las piedras, sangraba. El ardor era insoportable. Ella lloraba y durante un largo trecho la llevé en brazos, parecía una nenita. Habíamos salido de la arena pero el asfalto estaba caliente y blando. No teníamos calzado, lo habíamos dejado en la playa.

A la sombra de un trupillo nos tiramos al suelo y allí, recostados al árbol, logramos descansar. Ursula alcanzó a dormir, hasta roncó. Yo velé su sueño por largo rato hasta cuando un taxista se detuvo y se ofreció a llevarnos.

Había dicho Antonio, días después, cuando nos encontramos en el Café Bucaramanga

Deja esa foto quieta en su portarretrato

Ursula y Antonio mantuvieron una relación estrepitosamente ardiente. Se amaron. Se amaban tanto que a no dudarlo estaban sintonizados en la misma frecuencia. Como los personajes de una novela famosa, Ursula y Antonio no acordaban los encuentros, simplemente se encontraban. Se veían en la cafetería del almacén Ley, en la esquina de la 18 con 5^a, en el Café Bucaramanga. Tan extraña era la sintonía entre ellos que en una ocasión Antonio iba a bordo de un bote bordeando los acantilados de Taganga, cuando de pronto le entró un afán por llegar a la orilla y cuando el bote tocó tierra, ahí estaba Ursula con una amigas. Por supuesto, Antonio saltó a tierra y se fundieron en tan apretado abrazo que los huesos sonaron y el sonido de éstos se escuchó en el bote que se alejaba continuando su curso.

Ninguno de los dos tenía forma de comunicarse con el otro. En casa de Ursula no había teléfono y ella desconocía el número del de la

casa de Antonio. No obstante, esa sintonía entre ellos les permitía encuentros que quizás no se hubieran dado tan bien si se los hubieran propuesto. Se encontraban caminando por el camellón con ganas de darse un baño de mar por los lados de Tahití y listo, ambos estaban preparados para ir a playa, provistos de vestidos de baño y toallas. Se encontraban, a veces, después del mediodía caminando por la avenida Campo Serrano y sin mediar palabra Antonio asía a Ursula de la mano y se iban directo al apartamento de un amigo de él donde pasaban la tarde tejiendo entre ambos una enmarañada red para que el amor no se les escapara.

Una tarde de cualquier día Ursula le dijo: “Viajo mañana”. No dijo adónde iba ni por qué ni para qué, sólo lo abrazó, le besó los labios, dio media vuelta y avanzó a lo largo de la calle. Antonio, con las manos entre los bolsillos del pantalón, con los ojos bien abiertos y una extraña mueca en los labios, la siguió con la mirada hasta cuando Ursula desapareció entre la gente y la distancia.

Pasaron varios años. Cualquier tarde Antonio recibió una llamada telefónica: Hola, como estás... Sólo llamaba para saber de ti, te mando un beso, chao. Era Ursula y no dijo nada más. Pasado un tiempo se repitió la llamada pero igual, no dejaba saber nada de ella, ni dónde estaba.

Antonio debió viajar a Bogotá. En una esquina de la calle 26 con carrera 7ª se topó con ella. Ursula se conmocionó y quiso escapar, mas Antonio la detuvo tomándola por los brazos. No puedo verte... Olvídate de mí... Por favor déjame ir. Ursula siguió a paso rápido y se esfumó entre los transeúntes. Días más tarde Antonio, presintiendo que ella vivía o trabajaba por el sector, empezó a merodear por ahí. No tardó mucho cuando un día se encontraron de nuevo. Igual que hacía cuando se encontraban en la avenida Campo Serrano en Santa Marta, la agarró de la mano y sin mediar palabra la condujo a un apartamento cercano. Ella no ofreció resistencia. No hubo preguntas ni reclamos. No hubo diálogo alguno, solamente se amaron hasta ya entrada la noche. Estando ya en la calle se besaron una vez más, y ella se alejó de prisa.

Pasaron veintidós años. Cada uno hizo su vida, hubo otros amores y llegaron los hijos. Una tarde, con el sol ya anaranjado y cercano al horizonte, se encontraron en Santa Marta. Ursula esperaba un taxi frente a la alcaldía y Antonio salía del café del parque. Sin sorpresa ni mucha emoción se saludaron de beso, como si apenas hiciera algunas horas que hubieran dejado de verse.

Antonio la miraba y recorría todo el cuerpo de Ursula con la vista. Estaba tan alta como siempre había sido, pero con las caderas más anchas y las nalgas más notorias y macizas, sus tetas medianas sobresalían ante la ausencia de protuberancia abdominal. “Aja, y ahora qué. Nunca me has visto”. Antonio la tomó del brazo y cruzaron la calle para entrar en el café. Se hicieron en la mesa más apartada y estuvieron largo rato conversando, no sé de qué, y cruzando miradas que terminaban con sonrisitas picarescas como de novios de aquella vieja época en matinée. Intercambiaron números de teléfonos y direcciones electrónicas, y se despidieron.

Desde el principio Antonio hizo intentos por soplar sobre las cenizas del viejo fogón tratando de revivir el fuego, pero Ursula en forma categórica le dijo que eso ya era una etapa superada, que dejara ese presente por allá lejos. No se refería al pasado como tal sino como aquel o ese presente.

Hablaban por teléfono con mucha frecuencia o se escribían por correo electrónico. Se encontraban esporádicamente, ahora sí, con previa cita. Se estaban, entonces, toda la tarde o todo el día como dos viejos amigos hablando de sus vidas y proyectos, y de pronto, muy fugazmente, juntaban los labios en un beso espontáneo que terminaba en risotadas. Ursula tenía mucho aprecio por Antonio y le gustaba su amistad, en verdad se querían, pero se mantenía firme en que todo había quedado en aquel presente de hace más de veintidos años. Antonio no perdía oportunidad para intentar remover cenizas. En una de esas Ursula le dijo: “Mira Antonio, ya hemos conversado bastante sobre eso; de una vez por todas te lo pido, deja esa foto quieta en su portarretrato”.

Ah, esa vieja foto.

La foto de postal. Esa en que está con sus largas trenzas, sus ojitos color miel y su boca de finos labios. Su boca, como se diría en los clásicos, de fruta fresca, con sabor a níspero maduro, a mango biche con sal, a jobo salado. Ah, ¿te acuerdas del jobo? Boca con sabor a besos de matinée, a crispetas, a caramelo. Esa foto de niña joven con su uniforme escolar de rayas y cuadros azules y blancos. Esa foto de aquel presente que está ahí, pero ya no es. Ahora huele a papel químico viejo, a goma reseca. Ha pasado mucho tiempo y éste arrasó con sus aromas y encantos juveniles.

Los colores de la foto, a pesar de los años que han pasado, aún se conservan. Se notan las grietas del cuarteado como surcos de una

historia indescifrable y el desgaste que el tiempo ha hecho sobre ella a pesar del vidrio del portarretrato que la ha protegido.

Con madera amarilla de pino, de retazos recogidos en la carpintería del barrio, hizo ella el portarretrato en clase de manualidades. Con extremada delicadeza y cuidado labró con un cuchillo las aletas laterales que soportarían el vidrio. Dañó madera y derramó lágrimas hasta que pudo, por fin, acodillar los extremos de los laterales para el adecuado acople de las esquinas. Terminada la labor y obtenida la nota de aprobación, el portarretrato fue a dar a la caja de cartón con juguetes en desuso y muñecas viejas y descabezadas que mantenía en un rincón del clóset.

Esa tarde en matinée cuando Antonio interrumpió un largo beso para pedirle una foto lo primero que llegó a su mente fue el portarretrato. Algo en lo que ella había puesto todo su empeño era lo apropiado para simbolizar su amor por él. Al llegar a casa, Ursula busco en el álbum de fotografías que con esmero le llevaba su madre con fotos desde el primer día de nacida y escogió la más reciente: esa, en la que aparece con trenzas y con uniforme del colegio. Hubo de recortar los lados para ajustar el tamaño y hacer que cupiera en el portarretrato. No escribió ninguna dedicatoria. Por el respaldo sólo aparecía la fecha en que fue tomada la fotografía y la edad: febrero 1973 15 años. Rescató el portarretrato refundido entre juguetes en la caja de cartón, colocó la foto y lo metió en una bolsa de papel que guardó en el bolso escolar para entregárselo a Antonio, la próxima vez que se encontraran.

Durante años aquel portarretrato ha permanecido ocupando un puesto visible en la biblioteca de Antonio. “Ese es mi talismán”, decía a quienes le preguntaban por esa niña y el curioso portarretrato. A su esposa le respondió un día, como para clausurar el tema: “Esa foto y ese portarretrato son parte de mi vida cuando adolescente, de mi historia personal en el antiguo testamento, mucho antes de que tú aparecieras en ella, por lo tanto no te corresponde; por favor, no hurgues en ello”. Nunca más se mencionó el asunto. No obstante, la esposa de Antonio cuando sacudía el polvo la biblioteca se detenía largo rato viendo aquella foto, algo descolorida, de la niña de trenzas y uniforme de cuadros y rayas azules y blancos.

Pasado el último encuentro, una tarde Antonio se detuvo largo rato, con el portarretrato en las manos, contemplando la foto de Ursula de aquel presente a los 15 años. Paladeaba el sabor de aquellos besos de escolares y cerró los ojos para dar paso a las vívidas imágenes de los

encuentros y salidas juntos. Abrió los ojos y contempló nuevamente la fotografía. “No era la misma persona, por supuesto, la mujer de sus amores, ensueños e ilusiones se había quedado encerrada en ese portarretrato de madera de pino”.

Antonio, haciendo eco a las palabras de Ursula y aceptando que sus realidades ahora eran otras y que entre ellos sólo podría mantenerse una amistad, se dijo: “Sí, Ursula, como tú dices, dejaré quieta esa foto en su portarretrato, pero lo que no lograras nunca es que me separe de éste, el de madera amarilla de pino con tu foto de colegiala”.

Joaquín A. Zúñiga Ceballos

Julio – Septiembre de 2011

Si desea dejar un comentario, regrese al blog haciendo clic sobre el logo ...



Torre de papel 1947

¡Gracias!